

“HEME AQUI”: FORMAS IGNACIANAS DE SERVIR

David L. Fleming, S.J.

Editor de 'Review for Religious'

St. Louis, MO. USA

Una de las frases principales que revela la espiritualidad del carisma ignaciano es: “en todo amar y servir”. Esta frase se usa para describir la gracia que pedimos en el ejercicio de oración, “Contemplación para alcanzar amor,” el último de los *Ejercicios Espirituales*.

Ignacio nos da a conocer como considera el verbo *amar*, en su nota previa a los dos puntos de este ejercicio. En el primer punto dice que el amor se muestra con obras más que con palabras, y en el segundo dice que el amante comunica al amado lo que tiene. El término castellano español es *comunicar*. Así que, paradójicamente, aunque Ignacio diga que las obras expresan un amor más verdadero que las palabras, añade que lo que hacen dos seres enamorados es *hablar* o *comunicarse* amor uno a otro.

Ignacio nos ayuda, sin duda, a percibir lo que entiende por *amar*; sin embargo no nos es tan útil para hacernos comprender lo que entiende por *servir*. Es cierto que en los Ejercicios encontramos unos treinta y nueve usos de los términos *servicio* o *servir*, pero no encontramos algo así como una definición. Aunque podemos citar por lo menos unas setenta veces una forma del término *servicio* usado en las *Constituciones de la Compañía de Jesús*, seguimos sin saber mucho lo que este término significa para Ignacio.

Quisiera examinar esta noción de servicio ignaciano.

A Ignacio de Loyola se le considera como uno de los grandes místicos españoles del Siglo XVI. Aunque en sus escritos no reflexiona sobre su experiencia mística como lo hacen Teresa de Ávila y Juan de la Cruz, Ignacio ocupa su

lugar por su propio legado espiritual al lado de estos dos grandes místicos carmelitas.

Una de las experiencias místicas más significativas acontece en la vida de Ignacio en 1537 cuando está dirigiéndose hacia Roma con sus compañeros para ofrecerse con ellos al Papa con el fin de ser enviados por él en misión. Ignacio hace referencia a esta visión en su *Autobiografía* [96], sin extenderse. Y se refiere a la misma, más de paso aún, en su *Diario Espiritual* cuando escribe “viniendo en memoria cuando el Padre me puso con el Hijo” ([22], 23 febrero, 1544). En el santuario de La Storta, Ignacio recibió una respuesta extraordinaria a su oración dirigida a María, en forma de novena: “Para que me pongas con tu Hijo.” Ignacio describe así su experiencia: “sintió tal mutación en su alma y vio tan claramente que Dios Padre lo ponía con Cristo, su Hijo, que no se atrevería a dudar de esto, sino que Dios Padre le ponía con su Hijo.” En el “ver” (visión de Ignacio), Jesús llevaba la cruz. El Padre se dirige a Ignacio y dice: “En Roma te seré propicio.” Luego el Padre se vuelve a Jesús que está llevando la cruz y le pide: “Quiero que tomes a este hombre para servirnos.” Jesús, con su cruz en las manos, mira a Ignacio y dice: “Queremos que tu *nos sirvas*.” La visión es una obvia respuesta a la oración que Ignacio dirige a María. Es confirmado en su ser puesto con Jesús. Pero es un ponerle con Jesús en acción – Jesús que está llevando la cruz. Esta visión se convierte en un icono de la espiritualidad ignaciana. La visión habla del servicio ignaciano.

La espiritualidad ignaciana, identificada siempre como una espiritualidad activa, encuentra expresión en la frase “servir”. Muchos comentaristas sobre Ignacio han notado que el *tú* en la invitación de Jesús a Ignacio: “Queremos que *tú* nos sirvas” está en plural. *Tu*, indicaría no solamente a Ignacio, sino también a todos cuantos encuentran vida en la espiritualidad ignaciana. Al tratar de vivir la espiritualidad ignaciana, queremos ser personas que sirven.

Sentimos, pues, la necesidad de preguntarnos ¿qué significa *servicio* o *servir* en la espiritualidad ignaciana? ¿Nos ayuda Ignacio a comprender qué significado puede tener el término *servicio*? ¿Se limita a cometidos encomendados o a trabajos realizados? *Servicio* ¿se refiere siempre a un proyecto o a tareas? ¿Se limita el *servicio* a cierto tipo de acciones u obras?

Sugiero seguir a Ignacio a través de algunas de sus experiencias de su *Autobiografía* para ver cómo en su propia vida va evolucionando el significado que da al verbo servir. Luego podríamos mirar los Ejercicios para ver cómo Ignacio se va abriendo progresivamente a la invitación que Dios le hace de servir al reino.

El joven Ignacio era un hombre de gran ambición. Un hombre que podía soñar con realizar grandes hazañas, ser reconocido por un servicio valioso al servicio del rey, y es posible que por sus gloriosas actuaciones hubiera podido ganarse la mano de una noble dama. La bala de cañón que le alcanzó en el sitio de la ciudad de Pamplona por las fuerzas francesas contra los españoles, hizo añicos no sólo la pierna de Ignacio, sino también sus sueños. Durante su recuperación en el castillo de familia en Loyola tenía entre manos para leer sólo dos libros: una Vida de Cristo escrita por Ludolfo de Sajonia y otro de cuentos legendarios sobre muchos santos escrito por Vorágine. Y por medio de estos dos libros los sueños de Ignacio volvieron a aparecer, con el acicate del reto a realizar hazañas gloriosas como los santos, hazañas gloriosas al servicio de Cristo, su rey.

Aunque para él, el *servicio* seguía representado por actuaciones y acciones gloriosas, Ignacio se sorprendía escuchando la tenue y silenciosa voz de Dios llamándole desde dentro.

*“Seguir”
es una forma
de servir*

Poco a poco, empezó a prestar atención a los diversos espíritus que lo agitaban, a veces dejándole con una sensación de tristeza y desconsuelo, a veces dándole gozo. Empezó a comprender un lenguaje de Dios a través de un proceso de discernimiento de estos espíritus. Pasaría horas mirando las estrellas del cielo, y se sentía fuertemente atraído a servir al Señor. En medio de sus sueños, se preguntó a sí mismo qué es lo que realmente deseaba hacer. Como respuesta Ignacio sintió que el contenido de sus sueños era ser peregrino, e ir a Tierra Santa donde Jesús vivió.

En este tiempo Ignacio representa a todos los primeros apóstoles llamados por Jesús en sus evangelios. Es como los pescadores Pedro y Andrés, Santiago y Juan, y como el recaudador de impuestos Mateo, quienes oyeron a Jesús decirles “sígueme” y lo siguieron. Y aunque Ignacio seguía abrigando su idea de grandes hazañas, en ese momento de su recuperación en el Castillo de Loyola, sólo sabía que quería seguir a Jesús, y de alguna manera este seguimiento parecía llevarle a la tierra “santa”, así llamada porque Jesús había nacido y muerto allí. Él quería identificarse con Jesús. Este sería servicio suficiente, y quizás podría ayudar a las ánimas.

“Seguir” es una forma de servir. Pero no se trata tanto de nuestro hacer algo cuanto de una pasividad activa de nuestra parte, dejando que otro lleve el rumbo y nosotros vamos detrás. Para los apóstoles en los

evangelios y para Ignacio de Loyola, es la primera forma del nuevo servicio descubierto en Jesús – justo seguir, allí donde él pueda llevarnos.

Manresa constituye otra fase que ayuda a Ignacio a comprender el significado de servicio.

En Manresa, a través una larga y a veces no lineal actuación de la gracia de Dios, Ignacio se hace disponible, disponible a dónde Dios pueda conducirlo.

En Manresa, Ignacio, en un principio determinó él mismo la forma de servir a Cristo. Decidió rezar siete horas al día. Fijó su propio camino para obtener la gracia de Dios: un ayuno total. Verbalizó así una de las preguntas más acuciantes: ¿Y cómo podrás tú sufrir esta vida 70 años que has de vivir? (*Aut.* 20) Cuando le asaltaban escrúpulos que le iban debilitando, tomó justamente todos los medios humanos que pudo para vencerlos. Pero en definitiva tuvo que dar gritos a Dios ya que sólo Dios le podía ayudar. En una dramática imagen infantil, Ignacio le dice a Dios que fuera cual fuera la manera en que Dios quiera actuar con él, él la seguiría, y hombre adulto, iría en pos de un perrillo si Dios le iba a dar en esto un remedio (*Aut.* 23). Inmediatamente reflexiona y dice que Dios en aquel momento le estaba tratando como un maestro trata a un niño. Se pregunta por qué Dios le estaba enseñando de esa manera. Por el fuerte deseo que el mismo Dios le había dado de *servirle* (*Aut.* 27).

*para Ignacio
ser disponible
es servir*

Manresa se convirtió en la escuela donde Ignacio empezó a aprender que servir no es cuestión de nuestros propios esfuerzos predeterminados. Servir a Dios significa en primer lugar abrirse a la dirección y a la gracia de Dios. Dios es el maestro, el señor, nosotros somos los discípulos, los aprendices. Para demostrar que Dios es el director, Ignacio cuenta cinco experiencias místicas particulares, cuya finalidad consiste en ayudar a entender o agarrar el sentido de las realidades más profundas de la fe: Dios Trinidad, creación como obra de Dios, la presencia eucarística de Jesús, Cristo y María en su santa humanidad, y por último algunas intuiciones sobre contenidos espirituales lo mismo que de fe y erudición (*Aut.* 28-30). Dios está haciendo de Ignacio su discípulo, una persona disponible a Dios. Para Ignacio ser disponible es servir. Refleja, en particular este talante en la actitud de la tercera clase de personas en el ejercicio: “Meditación de tres binarios de hombres,” en los *Ejercicios*.

Al moverse hacia la etapa siguiente – la peregrinación hacia Jerusalén – Ignacio abre otra puerta que conduce a una nueva noción de servir. A través de muchas experiencias de su ser peregrino descubre que una manera de servir viene de la *fe* – creer y confiar. Tanto si se trata del uso del dinero (tener prudentemente algo o no), o de la elección del barco (ir con el más grande y con el mejor equipado o no), o del tiempo en la mar (frío y tormentoso o rodeado de barcos pirata), o con autoridades eclesiásticas (que le permiten o no quedarse en Jerusalén), Ignacio llegó a entender que creer en la existencia de Dios y creer en Dios y confiar en Dios y fiarse de Dios era servir a Dios. Este entendimiento del término servir se refleja en el talante contemplativo con que Ignacio se acerca a los evangelios.

Cuando Ignacio determina que los estudios son importantes para realizar su deseo de servir a Dios y a los demás, pasa lentamente a otra fase en su comprensión del servicio. Aunque es en Salamanca donde evidencia su deseo de tener con él compañeros en el servicio, ese deseo llega a hacerse realidad en el tiempo de sus estudios en París. Allí fue donde Francisco Javier, Pedro Fabro y otros cuatro forman el núcleo de los “amigos en el Señor”. Sólo podemos concluir que es el llamamiento de Cristo, el que mueve a cada persona a estar con Cristo y trabajar con él reflejado en el ejercicio del Llamamiento del Rey en los *Ejercicios Espirituales*, lo que inspira a Ignacio a procurar servir con otros.

Pero sea cual fuere el acicate, vemos otra fase en la idea y en la práctica que Ignacio tiene del servicio. Servir es estar en relación con los demás. Es acompañar y ser acompañado. Es ésta la raíz de fondo para la Compañía de Jesús, los jesuitas, que se llaman compañeros de Cristo y así compañeros unos con otros. El servicio de la Compañía refleja siempre a hombres en compañía de otros, no a un apóstol individual. El servicio ignaciano se realiza históricamente por hombres que trabajan juntos en su labor con Cristo.

Creo que Ignacio entiende más y más el significado de servicio desde estas experiencias que hemos indicado citando algunos incidentes que él relata en su *Autobiografía*. Ignacio reflexionaba sobre su experiencia de cómo poder ser útil a los demás, y el resultado fue que escribió los *Ejercicios Espirituales*. Creo, pues, que los *Ejercicios*, se pueden comprender como una recapitulación de lo que es el servicio ignaciano. Vamos a mirar más de cerca a los *Ejercicios*.

Lo que Ignacio descubrió y lo que nos entrega es que Dios es el primero en servir. Es ésta la visión que Ignacio nos comunica en el “Principio

y Fundamento” y en la “Contemplación para alcanzar amor”. Ignacio empieza su afirmación del Principio y Fundamento con una respuesta parecida a las que se encuentran en el catecismo a la pregunta no formulada “¿por qué Dios nos ha creado?”. Ignacio escribe: el hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor y, mediante esto, salvar su ánima. Ignacio sigue diciendo que Dios regala a los seres humanos todos sus talentos personales y presenta todo lo que hay en la creación como dones para ayudarlos a conocer, amar y servir a Dios. Nuestra respuesta humana consiste en elegir entre esos muchos dones aquellos que nos ayudan a una vida siempre con Dios. Dios es el primero en servirnos dándonos una abundancia de dones para que, entre ellos, podamos escoger los que más nos ayudan a buscar y hallar a Dios.

En el ejercicio final, Contemplación para alcanzar amor, Ignacio explica de manera muy clara su planteamiento; y a esto le llamo “el otro amarre del libro” de los Ejercicios, similar al Principio y Fundamento. Estamos pidiendo en la oración la gracia de saber amar y servir como Dios ama y sirve. Los cuatro puntos indicados por Ignacio son retratos de Dios que nos sirve. Es evidente que por su nota sobre el amor, Ignacio nos ha preparado para ver que Dios nos muestra su amor en las obras, en todas las formas en que Dios continúa sirviéndonos. Estas obras, estos dones, nos muestran y comunican lo mucho que Dios nos ama. Al amarnos, Dios es el primero en servir.

*Servir es estar en relación
con los demás. Es acompañar
y ser acompañado*

Como directores, no como ejercitantes por primera vez, somos conscientes de que las piezas claves de la visión que marcan el principio y el fin del conjunto de los Ejercicios Espirituales son las de un Dios que da, un Dios que ama, y un Dios que sirve. Por todos los medios Dios comunica su amor por nosotros y así nos sirve. Si Dios es el primero en servir, entonces ¿cómo podemos aprender mejor lo que el servicio significa si no es empapándonos de todas las formas en que Dios nos comunica su amor a través de sus obras – obras todas que deben ser lenguaje?

De la misma manera que ha habido una tradición que considera los cuatro puntos de la Contemplación para alcanzar amor como un resumen de las Cuatro Semanas de los Ejercicios, así ahora podemos releer algunos aspectos de las Cuatro Semanas para entender mejor, cómo Dios sirve, con

el fin de que podamos aprender a servir. Voy a seleccionar algunas imágenes clave que hablan de estas formas de servicio.

En la Primera Semana, podemos volver la mirada hacia Jesús clavado en la cruz cuando se nos pide que lo imaginemos en el coloquio en el primer ejercicio. Cuando nos dejamos llevar por el asombro ante ese Jesús, Verbo hecho carne, Verbo en quien todas las cosas son creadas, crucificado, estamos abiertos a oír la respuesta que nos da como parte de nuestra conversación orante. Jesús nos dirá que su estar colgado en la cruz es una manera de expresar su servicio. Movidio por el amor de Dios su Padre y rebotando de amor por cada uno de nosotros, sus hermanos y hermanas, se nos entrega, sin retener nada, hasta dejarse llevar a la muerte. El pecado en nuestra vida es la forma que seguimos usando para llevarle a la muerte. Pero Jesús nos espera, con los brazos abiertos para abrazarnos, Jesús nos ofrece su perdón. ¿Cómo nos sirve Jesús (Dios)? Jesús nos sirve por su paciencia, por su acogida siempre presente, por sus palabras de perdón. Jesús ama y así sirve.

En la Segunda Semana, podemos mirar y escuchar a Cristo que dirige su llamamiento a cada hombre, a cada mujer y a cada niño, hoy. Al ejercicio se le llama el Llamamiento del Rey. Este es el Cristo resucitado, aún implicado con el reino que ha de venir. Este Jesús nos invita personalmente a cada uno a estar con él y a trabajar con él. El reino de Dios vendrá, la victoria está asegurada en la resurrección de Jesús, y la vida siempre con Dios es nuestra meta alcanzable. ¿Cómo nos sirve Jesús (Dios)? Jesús nos sirve llamándonos a una intimidad con él, pero estar con Jesús no basta. Jesús nos sirve pidiéndonos que trabajemos con él ya que juntos servimos al reino. Jesús nos ama tanto que quiere que estemos a su lado ya que actuamos juntos en nuestra labor por el reino. Y así como el amor de Jesús por el Padre le hace servir sencillamente estando con él, así también nuestro estar con Jesús modela esta divina intimidad – esencial para todas las otras formas de servir. En nuestro entusiasmo por hacer del trabajo nuestra forma de servicio, a menudo olvidamos que el servicio de Dios pide una relación de amor con Dios.

En la Tercera Semana, nos llama la atención el primer ejercicio que nos presenta una forma particular de servicio. En sus puntos para la contemplación de la Última Cena, Ignacio pone de relieve el contexto del banquete pascual, el lavatorio de los pies a los discípulos hecho por Jesús, y la Eucaristía como la señal más grande de su amor. La cena pascual es un contexto litúrgico en el que Jesús, conocido como el Cordero de Dios, llevará

a cumplimiento la celebración mosaica que se convierte así en una celebración de una nueva alianza “en mi sangre”. Jesús nos sirve haciéndonos entrar en la celebración litúrgica de la alianza entre Dios y la humanidad. Celebrar la liturgia es, pues, una forma de servir.

Al lavar los pies de sus discípulos, Jesús se identifica claramente como maestro y quiere que comprendan en profundidad. Sobre todo, quiere que penetren más profundamente en el significado de servir. Jesús no les pide que fijen su atención en una buena acción para entender lo que es servir. Lo que hace primero es ayudarles a reflexionar sobre Aquel que sirve. Creado a imagen de Dios, como el Hijo eterno, nuestro ser se realiza en ser hombres y mujeres que sirven. En su invitación a ahondar en el significado de servicio, Jesús refuta todas las restricciones que estos primeros apóstoles y luego, todos nosotros, usamos humanamente para limitar nuestra noción de servicio.

Cuando Jesús instituye la Eucaristía como la mayor prueba de su amor, de nuevo Jesús muestra su amor por sus obras. La Eucaristía es el hacer siempre presente el don total de sí que Jesús resucitado hace continuamente al Padre y nos hace a nosotros. La actualidad del acontecimiento de la Cruz, limitado en el tiempo y en el espacio, recibe su realidad y significado “ahora”, en cada celebración de la Eucaristía – la prueba mayor del amor de Jesús. Jesús se entrega por nosotros, para siempre. Jesús nos muestra que el servicio es anonadamiento, abandono, una entrega de sí, sin retener nada.

En la Cuarta Semana, una vez más es el primer ejercicio el más sugerente para entender qué quiere decir servir. El primer ejercicio es la aparición de Jesús resucitado a María, su madre. Ignacio no tiene en cuenta el que no hay ningún relato evangélico como soporte de esta contemplación apoyándose en que la escritura dice que hay otras apariciones y que tenemos inteligencia para comprender. Al hacernos contemplar a Jesús resucitado que se aparece a su madre, Ignacio nos revela la novedad de la vida resucitada y el cambio en las relaciones que necesariamente conlleva. La intimidad de Jesús con María su madre, antes de su resurrección en un nivel que nos es incomprensible, es llevada a otro nivel, del todo inimaginable, en este tiempo de la resurrección. Este Jesús, cuyo cuerpo resucitado no conoce fronteras naturales, físicas, encuentra a su madre en una intimidad que se puede explicar sólo con una explosión de gozo. Jesús comparte con su madre el gozo de la resurrección como su forma de servir. María, entonces, se convierte en nuestra “clave” para entender algo de la novedad

de nuestra relación con el Jesús resucitado. A veces experimentamos el servicio de Jesús hacia nosotros por este don de gozo, en otros momentos, por su don de consuelo. En la alegría y en el consuelo, nos sentimos uno con el Señor que nos deja balbucientes a la hora de describir nuestra experiencia.

Esto nos lleva de nuevo a nuestros dos “amarres” de los Ejercicios, el Principio y Fundamento y la Contemplación para alcanzar amor. Y ahora nos damos más cuenta de que la frase “amar y servir en todas las cosas” tiene una secuencia propia, necesaria. Amar viene antes de servir. En la intuición ignaciana, el amor es siempre la raíz y el fundamento del servicio. Si amamos, entonces serviremos a la gente. Ignacio ve que Dios ama, y así Dios es el primero en servir. Al haber experimentado a Dios en su propia vida, Ignacio ha llegado a una forma totalmente nueva de entender el

*nuestras maneras de servir
serán tan ricas y profundas
como nuestras maneras
de amar*

servicio, una transformación de su concepto de las grandes hazañas y realizaciones. Dios le ha ido enseñando y ahora él sabe que al empaparse de las acciones de Dios, mirando a Jesús en los Evangelios, ha entendido mejor su noción de servicio y ha interiorizado su anchura, su profundidad, su altura y su largura.

Ignacio describe en las *Constituciones de la Compañía de Jesús* la riqueza de este entendimiento de *servicio*. Algunos se quejan de que la Orden de los Jesuitas tiene muy poca especificación de su misión. Aunque la Fórmula del Instituto (como la Regla básica de una orden religiosa) sí describe la misión de los jesuitas, los jesuitas debemos confesar que es cierto que no se centra tanto en limitar nuestras actividades cuanto en abrir muchas puertas a las necesidades de nuestro mundo.

Una parte de la primera intuición de Ignacio en el servicio de seguir a Cristo no le abandonó nunca. El verbo español *ayudar*, es el gozne de todo el servicio ignaciano. Ignacio quiso siempre “ayudar a las ánimas”. Sus *Ejercicios* están escritos para ser una ayuda en primer lugar para el director del retiro y luego a través del director para el ejercitante. Sistemáticamente, Ignacio invita al director del retiro a que se sirva o no del material usando el criterio de si es “útil” para la persona que está haciendo el retiro. En lo referente al voto especial de obediencia del jesuita profeso,

la misión iba a ser determinada por el Papa que vería donde habría más necesidad, buscando el resultado de como los jesuitas podrían ser de mayor “ayuda”. “Ayudar” no es ciertamente una noción exaltada de servicio. No evoca grandes hazañas y realizaciones. Es una manera de servir como Dios sirve.

¿Qué hemos aprendido sobre el servicio ignaciano? En primer lugar, mirando a Dios que es el primero en servir, empezamos a aprender sobre el servicio. En segundo lugar, de Dios, aprendemos que el amor es el fundamento y es el impulso del servicio. El amor se expresa con hechos – en actos de servicio – más que con palabras. Y sin embargo nuestro servicio debería hablar y comunicar el amor que está en su origen. En tercer lugar, el servicio no puede confinarse a ciertas acciones o hechos, a ciertos resultados o realizaciones. De Jesús y de los evangelios, aprendemos que seguir es servir, ser disponible es servir, creer y confiar es servir, perdonar y ser compasivo es servir, y celebrar la Eucaristía es servir. Aprendemos, además, que servir consiste siempre en compartir lo que se nos ha dado. Es por ello que al amor le sigue siempre el servicio, porque quienes se aman comparten sus dones.

Tras haber examinado esta idea de servicio, vemos que Ignacio nos guía de nuevo a la gracia que hemos pedido en la Contemplación para alcanzar el amor de Dios. Pedimos la gracia de ser capacitados para “*en todo amar y servir*.” Nuestras maneras de servir serán tan ricas y profundas como nuestras maneras de amar. Estamos actuando con Dios. Somos siervos de Dios. Decimos: Heme aquí. Quiero servir.